

La crisis del modelo de desarrollo de Asia

Isaac Flores Delgado¹

Resumen

El fenómeno conocido como el milagro asiático, marcado por un notable crecimiento del Producto Interno Bruto, así como mejoras en indicadores como tasas de ahorro, inversión, educación y reducción de la mortalidad infantil, ha propiciado una transformación económica en países como Japón, Corea, Taiwán, Singapur, Hong Kong, China e India, llevándolos de esquemas tecnológicos rezagados a otros más modernos y prósperos. Este desarrollo ha sido impulsado por políticas estatales que otorgan al Estado un papel central en la definición de prioridades y la asignación de recursos, generando una relación particular entre las élites políticas y los conglomerados empresariales, donde ambas partes se benefician mutuamente. En el actual contexto de la globalización, este ensayo cuestiona la vigencia del modelo de desarrollo centrado en la protección a las grandes corporaciones. Aunque este modelo ha demostrado su eficacia en el pasado, podría no ser idóneo para enfrentar los desafíos contemporáneos, donde la competencia global y el estímulo a la innovación son fundamentales. Por ende, el texto sugiere la necesidad de revisar y, de ser necesario, ajustar el modelo de desarrollo en Asia a las exigencias actuales de la globalización. Sin embargo, no hay certeza de que las economías asiáticas tengan la voluntad de reformar el modelo que les ha permitido alcanzar niveles notorios de crecimiento durante la segunda mitad del siglo XX.

Palabras clave: desarrollo económico, globalización, innovación, milagro asiático, simbiosis

Abstract

The phenomenon known as the Asian miracle, characterized by a remarkable growth in Gross Domestic Product, as well as improvements in indicators such as savings rates, investment, education, and reduction of infant mortality, has led to an economic transformation in countries like Japan, Korea, Taiwan, Singapore, Hong Kong, China, and India, transitioning them from outdated technological schemes to more modern and prosperous ones. This development has been driven by state policies that grant the government a central role in defining priorities and allocating resources, creating a particular relationship between political elites and business conglomerates, where both parties benefit mutually. In the current context of globalization, this essay questions the validity of the development model centered on the protection of large corporations.

¹ Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad del Mar (UMAR) y maestro en la misma disciplina por la Universidad La Trobe, en Melbourne, Australia. Es Profesor-Investigador de tiempo completo en el Instituto de Estudios Internacionales de la UMAR. Actualmente se encuentra inscrito en el programa de doctorado en Estudios del Desarrollo Global en la Universidad Autónoma de Baja California. Asimismo, funge como secretario general de la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales y colabora en la Junta de Gobierno del *World International Studies Committee*, así como en el Centro de Enseñanza y Análisis Sobre la Política Exterior de México.

Although this model has proven effective in the past, it may not be suitable for addressing contemporary challenges, where global competition and innovation stimulus are crucial. Therefore, the text suggests the need to review and, if necessary, adjust the development model in Asia to meet the current demands of globalization. However, there is no certainty that Asian economies have the willingness to reform the model that has allowed them to achieve notable levels of growth during the second half of the 20th century.

Keywords: Asian miracle, economic development, globalization, innovation, symbiosis

Introducción

A pesar de las marcadas disparidades entre los países que integran al continente asiático, es posible identificar algunas características que sugieren una cierta uniformidad. Por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XX, la región fue testigo de lo que algunos expertos denominaron el milagro económico asiático. Este fenómeno se caracterizó no solo por el aumento del Producto Interno Bruto (PIB), sino también por mejoras significativas en indicadores como las tasas de ahorro e inversión, el nivel educativo y la reducción de la mortalidad infantil. Desde la década de 1960, países como Japón, Corea, Taiwán, Singapur, Hong Kong, China e India han experimentaron procesos de transformación económica, que hicieron posible que sus estructuras económicas pasaran de un esquema de rezago tecnológico a otro relativamente moderno y próspero.

Como resultado del milagro asiático, la contribución de Asia a la economía global experimentó un notable aumento, pasando del 9% en la década de 1970 a casi el 40% para la primera década del siglo XXI. En este sentido, es relevante destacar que el milagro asiático ha sido impulsado directamente por políticas de desarrollo que han puesto en primer plano el papel central del Estado en la determinación de prioridades y la asignación de recursos. De este modo, el modelo asiático se ha caracterizado por una relación particular entre las élites políticas y los principales conglomerados empresariales.

En cuanto a las élites políticas, estas requieren inevitablemente del apoyo de las élites empresariales para respaldar iniciativas públicas que impliquen inversiones privadas y, por ende, la creación de empleo. Por su parte, los grupos empresariales buscan el apoyo de los políticos para protegerse de la competencia y obtener préstamos con tasas de interés bajas, subsidios y contratos del sector público. De tal suerte, las relaciones entre políticos y empresarios han generado beneficios mutuos que, en términos generales, han contribuido al éxito del modelo de desarrollo en Asia.

El argumento principal de este ensayo gira en torno a que el modelo de desarrollo económico que hizo posible el milagro asiático –basado principalmente en un sistema de protección a las grandes corporaciones– no necesariamente funciona en el contexto actual caracterizado por el auge de la globalización. Uno de los factores en los que descansa tal

planeamiento establece que ni los políticos ni los grupos empresariales suelen tener interés en estimular la competencia.

Para ello, el presente texto define el concepto de desarrollo económico e identifica sus principales elementos característicos que lo diferencian del crecimiento económico. Posteriormente, analiza las características generales del milagro económico asiático y el modelo de desarrollo en el que estuvo sustentado. Asimismo, la tercera sección cuestiona la vigencia del modelo toda vez que la globalización ha cambiado las condiciones en las que se apoyaba dicho esquema. Finalmente, el texto concluye con algunas reflexiones sobre el momento crucial en el que se encuentra la región asiática y la necesidad de reformular el modelo de desarrollo para propiciar una mayor competitividad y garantizar así el desarrollo económico.

El concepto de desarrollo económico

El análisis del desarrollo económico implica reconocer que no hay una definición universalmente aceptada, dado que existen diversas perspectivas en torno a este concepto. En términos generales, el desarrollo implica una mejora cualitativa en el nivel de vida de la sociedad, lo cual incluye la creación de empleos y el aumento de la productividad. Además, el desarrollo económico engloba los procesos que influyen en el crecimiento y la reestructuración de una economía con el fin de mejorar el bienestar de una comunidad. En un sentido más cotidiano, el desarrollo económico tiene lugar cuando existe una reducción constante de la pobreza, el desempleo y la desigualdad, al mismo tiempo que aumenta el ingreso per cápita (Van den Berg, 2016).

En términos específicos, el desarrollo implica tres elementos básicos. Primero, las políticas que el gobierno implementa para alcanzar objetivos económicos amplios, tales como el control de la inflación, la promoción del pleno empleo y el fomento del crecimiento sostenible. Segundo, las políticas y programas destinados a proporcionar servicios, como la construcción de infraestructuras viales, la gestión de áreas naturales protegidas y la atención médica. Y tercero, las políticas y programas diseñadas específicamente para mejorar el ambiente de negocios, promoviendo la retención y expansión de empresas, la transferencia de tecnología, el desarrollo inmobiliario y otras actividades afines (Anderson y Garmise, 2007).

Dado que no existe una única definición para el desarrollo económico, tampoco hay una estrategia, política o programa universal para alcanzarlo de manera exitosa. Además, los países difieren en sus características económicas, así como en sus fortalezas y debilidades geográficas y políticas. Asimismo, dentro de cada país, cada comunidad enfrenta necesidades y desafíos particulares que deben atender para mejorar su nivel de desarrollo económico. Una de las razones por las cuales las regiones, especialmente las ciudades, se han convertido en el centro de atención del desarrollo radica en que los

tomadores de decisiones dependen en gran medida de la información o el conocimiento local para generar productos o procesos innovadores (Feldman *et al.*, 2014).

En este contexto, Tatyana P. Soubotina ha planteado interrogantes acerca de si el propósito del desarrollo se limita únicamente a incrementar la riqueza nacional o si implica también mejorar el bienestar de la población. En su análisis, la experta del Banco Mundial examina en qué medida el desarrollo implica garantizar la libertad de las personas y aumentar su seguridad económica. Para fortalecer esta perspectiva, sugiere la inclusión del concepto de “desarrollo humano”, el cual abarca indicadores específicos como la esperanza de vida, la alfabetización de adultos, el acceso a los distintos niveles de educación y el ingreso promedio de las personas. De esta manera, enfatiza que el desarrollo humano debe ser considerado como el objetivo último, mientras que el crecimiento económico debe ser visto como un medio para alcanzarlo, tal como fue planteado en 1996 en el *Informe sobre Desarrollo Humano* del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2004).

De acuerdo con el planteamiento del PNUD, el desarrollo económico requiere necesariamente un crecimiento económico previo. No obstante, el mero aumento de la riqueza no garantiza automáticamente una mejora en las condiciones de vida de la población. Por ejemplo, según datos de Forbes, en 2011 el mexicano Carlos Slim fue considerado el hombre más rico del mundo al acumular una fortuna de 74 mil millones de dólares. Once años más tarde, el título de hombre más rico del planeta lo ostenta el magnate estadounidense Elon Musk, quien, según la misma fuente, posee una riqueza valuada en más de 219 mil millones de dólares (Dolan y Peterson-Withorn, 2022).

El párrafo anterior muestra que, en un lapso de poco más de una década, ha habido un significativo aumento en la riqueza acumulada por un individuo. Sin embargo, el incremento en la cantidad de dinero no necesariamente conlleva una mejora en la calidad de vida de la población en general. Además, este esquema de acumulación no es exclusivo a los *billionaires* ya que se replica en todas partes del globo debido a que la riqueza tiende a concentrarse en un reducido número de individuos. Además, no todos los factores que contribuyen al aumento de la riqueza necesariamente contribuyen a mejorar la calidad de vida de la población. Por ejemplo, cualquier incremento en la producción de armamento se considera valioso para las estadísticas del PIB, aunque su efecto multiplicador sea mínimo o limitado para mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

Desde la perspectiva del académico Francisco Alburquerque Llorens, originario de Andalucía, el desarrollo económico debe incluir elementos como la innovación tecnológica y financiera, la difusión cultural, el fortalecimiento institucional y la protección ambiental. Además, en lugar de concebir una noción generalizada de desarrollo, es necesario considerar estrategias de desarrollo territorial que impulsen el crecimiento económico local, adaptadas

a las características y actores específicos de cada región. En consonancia con esta reflexión, el autor aboga por el fortalecimiento de lo que él denomina “sistemas productivos locales” conforme a las particularidades de cada territorio, evitando la aplicación de fórmulas globales que, en lugar de mejorar las condiciones de vida, suelen tener un efecto contrario al propiciar el deterioro de la calidad de vida de la población (2020).

Asimismo, el académico español retoma el concepto de “decrecimiento”, previamente propuesto por André Gorz en 1972, como un marco para analizar los límites del crecimiento económico y cuestionar la idea de un crecimiento económico sin límites. En este contexto, el decrecimiento implica desvincular el crecimiento económico del aumento del bienestar. Este enfoque se fundamenta en el reconocimiento de que el aumento de la riqueza conlleva impactos negativos para el medio ambiente, como la deforestación, la sobreexplotación de recursos naturales y la contaminación atmosférica y marina. En cuanto a la salud física y psicológica de las personas, el crecimiento económico se asocia con niveles más altos de estrés debido a jornadas laborales extenuantes, la presión por alcanzar metas elevadas y el aumento del costo de vida (Alburquerque Llorens, 2020).

En la actualidad el desarrollo económico –más que el crecimiento económico– se ha vuelto un objetivo concreto de las políticas públicas de muchos países. Si bien el aumento del PIB es ya difícil de alcanzar, el desarrollo económico resulta aún más complejo, dado que implica considerar indicadores que no siempre pueden ser cuantificados y que a menudo son subjetivos. Además, los Estados tienen la responsabilidad de diseñar e implementar políticas que fomenten una distribución más equitativa de los recursos, lo que se traduciría en una reducción del coeficiente de Gini. Este indicador establece que a medida que disminuye su valor, se produce una distribución más equitativa de los recursos, lo que a su vez permite mejorar las condiciones de vida de la población.

El milagro económico asiático

De manera convencional, todos los territorios ubicados al este del Mar Egeo han conformado lo que comúnmente conocemos como el continente asiático. Sin embargo, es necesario reconocer que las delimitaciones geográficas de Asia varían mucho, por lo que es difícil referirnos a este continente y tener en mente el mismo territorio. Por ejemplo, para algunos geógrafos, Rusia forma parte del continente Europeo, mientras que para otros su pertenencia es sin duda al continente asiático. De cualquier manera, en lo que sí existe convergencia es en la afirmación de que Asia es el continente más grande y poblado de la Tierra. Con una extensión en torno a los 44 millones de kilómetros cuadrados, esta masa de tierra representa aproximadamente el 9% del total de la superficie total del planeta y el 30% de la superficie terrestre. En términos de población, Asia es hogar de más del 60% de la población mundial, superando los 4,000 millones de personas.

Al ser una región vasta, es evidente que existan muchas diferencias de todo tipo, tanto geográficas como sociales. Sin embargo, a pesar de las divergencias que puedan existir entre los países que conforman al continente asiático, existen ciertas características que les brindan cierto nivel de homogeneidad, particularmente en lo que respecta a sus sistemas políticos y económicos. Por ejemplo, durante la segunda mitad del siglo XX, diversos países de Asia experimentaron niveles acelerados y constantes de crecimiento económico. En este sentido, algunos teóricos han calificado este crecimiento como el milagro económico asiático debido a que no solo aumentó el PIB sino también mejoraron considerablemente variables tales como las tasas de ahorro e inversión, educación y reducción de la mortalidad infantil (Krugman, 1994; Posada y Rubiano, 2007).

A partir de la década de los 60 del siglo XX, China, Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong han experimentado procesos de transformación de economías inicialmente rezagadas tecnológicamente y de escaso desarrollo económico a economías relativamente modernas y prósperas. A pesar de presentar particularidades y ritmos propios, estas economías han experimentado un notable aumento en el ingreso per cápita durante la segunda mitad del siglo pasado, incluso multiplicándose hasta por cuatro. Este crecimiento se ha manifestado en un incremento significativo del número de empresas dedicadas a la producción de bienes tecnológicamente avanzados, lo que les ha permitido competir exitosamente con empresas europeas y estadounidenses.

El extraordinario crecimiento económico de estos países ha generado un profundo interés en el fenómeno conocido como el milagro asiático, que ha sido objeto de numerosas investigaciones destinadas a comprender cómo lograron este avance. Estas investigaciones han puesto un énfasis especial tanto en los aspectos políticos como en los procesos económicos implementados. En líneas generales, los países en cuestión experimentaron un crecimiento del ingreso per cápita superior al 5% durante el período comprendido entre 1960 y finales del siglo XX. A pesar de que la crisis asiática de 1998 tuvo un impacto negativo en las tendencias de crecimiento, las economías asiáticas lograron diseñar e implementar estrategias de recuperación eficaces gracias a las inversiones realizadas en educación, ciencia y tecnología. Estas inversiones les permitieron desarrollar considerables recursos humanos, organizativos y físicos (Nelson y Pack, 1999).

En cuanto al impacto de la crisis a finales de los años 90 en el crecimiento de Asia, es importante destacar ciertos aspectos relacionados con las características de sus economías. Entre ellos, sobresale la estructura desequilibrada de su comercio, caracterizada por una dependencia excesiva del comercio extrarregional, especialmente hacia EE. UU. Además, también resalta una estructura desequilibrada de la demanda agregada, donde prevalece una excesiva dependencia de la demanda externa en lugar de la interna. Estos desequilibrios están estrechamente interrelacionados, ya que el fortalecimiento de una economía interna

autosostenible y dinámica en los países de la región facilitarían el crecimiento de un comercio intrarregional más significativo, reduciendo así la dependencia excesiva de los mercados extrarregionales (Park y Shin, 2009).

El origen del milagro asiático puede encontrarse en los años 60, con el milagro japonés, que llamó la atención de occidente ya que se trataba del resurgimiento de una economía que había quedado totalmente devastada tras la Segunda Guerra Mundial. El ejemplo japonés poco a poco se fue extrapolando –aunque en menor escala– a otras economías de la región, como Taiwán y Corea del Sur, que para la década de los setenta ya habían emulado el crecimiento nipón. Poco después se unieron Tailandia e Indonesia, que junto con Singapur y Hong Kong –incorporado a China en 1997– adquirieron el calificativo de “tigres asiáticos” por su acelerado nivel de crecimiento y desarrollo. El rápido y sostenido nivel de crecimiento de la región alcanzó tasas no igualadas por ninguna otra región del mundo en las décadas de los ochenta y noventa, lo que atrajo mayor inversión y mayor nivel de institucionalización mediante la actualización de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático y la conformación del Foro de Cooperación Económica de Asia Pacífico. Finalmente, el milagro asiático también hizo posible el ascenso de India y China a finales del siglo (Sepúlveda Muñoz, 2010).

En cuanto al milagro chino, vale la pena recordar que fue a partir de 1979 cuando Pekín empezó a promover una creciente liberalización económica y una apertura hacia el exterior. Las reformas económicas implementadas por Deng Xiaoping desde finales de los setenta, establecieron las bases para que Jiang Zemin profundizara las reformas de apertura económica. Fue gracias a estas medidas que Hu Jintao pudo incorporar posteriormente al gigante asiático a la Organización Mundial de Comercio en 2002, consolidando la política de apertura comercial. A pesar de la liberalización, Pekín se aseguró de mantener a las empresas estatales, cuya participación en la producción industrial en 2007 fue de 30% (Sepúlveda Muñoz, 2010).

Por su parte, India se vio obligada a abandonar los principios establecidos en la década de 1950 por Nehru, los cuales se basaban en el proteccionismo y el control estatal total de la economía. En consecuencia, a partir de los años 90, el gobierno de Nueva Delhi emprendió una rápida transformación de las políticas económicas con el objetivo de fomentar una mayor liberalización. En este sentido, India redujo las barreras a la importación y permitió la inversión extranjera en sectores productivos que antes estaban reservados exclusivamente para la inversión pública. Además, las reformas incluyeron la desregulación de la actividad empresarial, la privatización de empresas estatales y la participación del sector privado en la infraestructura. Como resultado de esta transformación del modelo económico en el subcontinente, el PIB experimentó un crecimiento del 6% en las dos décadas siguientes (Subramanian, 2008).

Como muestra del acelerado crecimiento asiático, Japón registró un crecimiento promedio del PIB per cápita del 5.3% entre 1960 y 1990. Durante ese mismo periodo, otras economías asiáticas registraron cifras similares: Corea (6.1%), Hong Kong (6.6%), Indonesia (3.8%), Malasia (4.2%), Singapur (6.4%) y Tailandia (5.1%). Tras la crisis financiera de los 90, estas economías lograron recuperarse y continuaron su avance económico en el siglo XXI, creciendo a tasas anuales superiores al 3% entre 1990 y 2010. Por impresionantes que sean estas tasas, quedan eclipsadas por el excepcional desempeño de la economía china que, entre 1980 y 1990, registró un crecimiento anual del 7.6% de su ingreso per cápita. La cifra correspondiente al periodo 1990-2010 es aún mayor: alrededor del 9.5%. Por su parte, India experimentó una tasa más modesta entre 1960 y 1990, que apenas alcanzó el 2.6 % anual. Sin embargo, la cifra subió al 3.6 % durante la década de 1990 y luego a un notable 6.2 % entre 2000 y 2010 (Ray, 1998; Weisbrot y Ray, 2011).

Como consecuencia del milagro asiático, la contribución de Asia a la economía global ha experimentado un aumento significativo, pasando del 9% en la década de 1970 a casi el 40% en la primera década del siglo XXI, lo que ha resultado en un incremento correspondiente en el ingreso per cápita. En las últimas cinco décadas, el sólido desempeño económico de Asia ha sido impulsado en gran medida por un crecimiento extensivo, caracterizado por el aumento del empleo y el capital, junto con una inversión acelerada respaldada por una significativa acumulación de capital y la integración en las cadenas de valor globales. Este crecimiento ha sido directamente influenciado por políticas de desarrollo que han enfatizado el papel central del Estado en la determinación de prioridades y la asignación de recursos. En consecuencia, el modelo económico asiático ha estado marcado por una estrecha relación entre las élites políticas y los principales grupos empresariales. En este contexto, el rol de las élites políticas se ha concentrado en la provisión de infraestructura y el financiamiento para sectores y empresas prioritarias, incluso a través de la protección frente a la competencia de empresas extranjeras (Estrin y Commander, 2022b).

El milagro asiático no solo se vio reflejado en el aumento del PIB, sino que también hubo una mejora considerable el nivel de vida y en la reducción de la pobreza. Durante las últimas cuatro décadas del siglo XX, la esperanza de vida en Asia oriental y el Pacífico pasó de 53 a 70 años. Esta transformación ha demostrado que el crecimiento sostenido es posible a lo largo de varias décadas siempre y cuando las políticas sean las apropiadas y exista un fuerte compromiso, incluso en países con pocos recursos naturales, poblaciones reducidas, o que hayan sido devastados por la guerra. Al respecto, es pertinente recordar que, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, la región asiática no prometía un rápido crecimiento debido a sus excesos demográficos y a los limitados recursos disponibles (Kato, 2004).

El impacto del milagro asiático ha llevado al continente a posicionarse como una de las regiones más dinámicas de la economía global, de forma tal que apenas podría haberse imaginado al concluir la primera mitad del siglo XX. Todo parece indicar que el acelerado crecimiento en el continente ha dejado en el olvido la arraigada pobreza en el subcontinente indio, así como los excesos periódicos del gobierno comunista, como el Gran Salto Adelante y la terrible hambruna que siguió, en China. El milagro asiático hizo posible que Asia se convirtiera en una región capaz de competir con regiones económicamente ya desarrolladas, como Europa occidental o América del Norte. Esta rivalidad, por supuesto, se extiende mucho más allá de los aspectos meramente económicos e incluyen la capacidad científica, tecnológica e incluso cultural.

¿El final del milagro asiático?

A pesar del histórico crecimiento registrado por la región en su conjunto en la segunda mitad del siglo XX, las estadísticas actuales muestran una desaceleración generalizada de su economía. Por ejemplo, China está luchando arduamente para alcanzar el 4%, cuando en décadas pasadas era común que su crecimiento incluyera dos dígitos. Aunque esta desaceleración podría ser solamente algo temporal en la ineludible trayectoria ascendente de la economía asiática, ya ha llamado la atención de diversos analistas que, atentos a todos los síntomas, buscan identificar si el modelo de desarrollo asiáticos resulta caduco y necesita renovarse en el escenario actual de la economía globalizada (Estrin y Commander, 2022a).

El milagro asiático permitió elevados niveles de crecimiento económico en muchos países del continente durante el último medio siglo. Si bien la primera economía en despegar fue Japón, que, a pesar de una desaceleración en las últimas décadas y una población relativamente pequeña, sigue siendo la tercera economía del mundo con un PIB que gira en torno a los 5 billones de dólares. Aunque el ascenso de China se registró a finales del siglo, hizo posible reafirmar que el milagro asiático no había sido exclusivo de las economías de la parte oriental del continente. A pesar de una participación tardía en el llamado milagro económico de Asia, el gigante asiático registró dos dígitos en el crecimiento promedio del PIB durante más de tres décadas y en la actualidad es la segunda mayor economía del mundo, con un PIB que rebasa los 17 billones de dólares (Haass, 2017).

No obstante, el auge económico de Asia parece estar experimentando un periodo de estancamiento debido a diversas razones. Entre estas, destaca la falta de confianza por parte de los inversores, motivada por los problemas de seguridad regional y la necesidad de mantener la paz. Aunque la región no ha presenciado conflictos de gran envergadura desde la guerra de Vietnam a mediados de la década de 1970, Asia enfrenta numerosas disputas irresueltas. Por ejemplo, Japón y Rusia no han firmado un tratado de paz tras la Segunda

Guerra Mundial, y tras la guerra de Corea tampoco se llegó a un acuerdo formal, dejando la península dividida y armada. Además, Corea del Norte representa actualmente una de las principales amenazas a la estabilidad regional, dado que su capacidad nuclear pone en riesgo no solo a Asia, sino también a los Estados Unidos (Srinivasan, 2022).

El análisis del escenario regional también debe tomar en cuenta el aumento de las capacidades militares de China, que cada vez adopta una política exterior más activa al defender su posición en torno a las disputas fronterizas con sus vecinos y reiterar sus deseos de soberanía sobre Taiwán, así como reivindicar sus pretensiones territoriales en el mar de China Meridional. Por tal razón, es entendible que otros países de la región reaccionen para reforzar sus capacidades bélicas y defender sus intereses. Mientras tanto, todo parece indicar que Estados Unidos –tanto en la administración de Trump como en la de Biden– ha dado muestras de estar retrocediendo, dejando un vacío de poder en la región (Haass, 2017).

Una segunda razón del porqué el milagro asiático –y particularmente el chino– está llegando a su fin tiene que ver con lo que Bill Conerly ha denominado la madurez del crecimiento económico. De acuerdo con este analista de Forbes, los países extremadamente pobres tienen el potencial de crecer rápidamente. Sin embargo, a medida que se acercan al nivel de los países desarrollados, el crecimiento es cada vez más difícil y, por lo tanto, tiende a ralentizarse. Así, no debería sorprender esta tendencia después de que el gigante asiático creciera de manera excepcional. Por ejemplo, en 2010, el PIB per cápita, fue 17 veces más alto que el registrado en 1980. De tal suerte, tras el crecimiento económico sin precedentes, la madurez alcanzada explicaría por qué el milagro de China está llegando a su fin (2021).

En el ámbito de la política económica, resulta indispensable analizar las características del modelo de desarrollo asiático implementado durante la segunda mitad del siglo XX, a fin de determinar su vigencia en la actualidad. Así, existen al menos dos elementos propios de las políticas implementadas por las economías asiáticas. En primer lugar, el papel principal desempeñado por el Estado en materia de política industrial encaminada a promover el crecimiento. Como segundo elemento, vale la pena reconocer la preeminencia de los reducidos grupos empresariales que conformaron una estructura corporativa que respaldó las políticas implementadas por el Estado. Este binomio hizo posible que las economías asiáticas concentraran grandes recursos en áreas consideradas prioritarias y que permitieron detonar un rápido desarrollo (Estrin y Commander, 2022b).

Al ejercer control sobre las políticas económicas, el Estado puede beneficiar a ciertos grupos empresariales mediante la provisión de créditos a tasas bajas y protección frente a la competencia internacional. Como resultado, las economías asiáticas fortalecieron determinados conglomerados que luego pudieron competir a nivel global. Esta estrategia demostró ser efectiva y contribuyó en parte al denominado milagro económico asiático. Por ejemplo, empresas como Hyundai y Samsung lograron una inserción exitosa en

los mercados internacionales a partir de la década de los 80. No obstante, a principios de los años noventa, el panorama internacional comenzó a cambiar, lo que provocó una disminución significativa en la inversión destinada a la investigación y desarrollo, generando una dependencia continua de la protección estatal. A esta situación se sumó la contraofensiva estadounidense, que incluyó la apreciación forzada de divisas para encarecer las exportaciones asiáticas y la amenaza de sanciones comerciales (Bello, 1998).

Este mecanismo, que implica la colaboración entre políticos y empresarios, establece una especie de simbiosis en la que ambas partes se benefician mutuamente. A pesar de que, por motivos de poder, los políticos y sus partidos ocupan la cúspide de la jerarquía, un elemento que influye en su desempeño es la cooperación con grupos empresariales para respaldar las iniciativas públicas que requieren inversiones privadas y así fomentar la creación de empleo. Por otro lado, los grupos empresariales buscan el respaldo de los políticos para protegerse de la competencia y obtener préstamos con tasas de interés reducidas, subvenciones y contratos del sector público. De esta manera, las relaciones entre políticos y empresarios han resultado en beneficios mutuos que, en términos generales, han contribuido al éxito del modelo de desarrollo en Asia.

La fórmula expuesta en el párrafo anterior ha servido como base para el modelo de desarrollo adoptado por varios países de Asia, tales como China, Vietnam, Tailandia e Indonesia. De tal manera, los conglomerados empresariales asiáticos se distinguen no solo por su significativa participación en inversiones que abarcan proyectos públicos, sino también por la presencia de estructuras organizativas jerarquizadas. Otra característica inherente al modelo de desarrollo asiático es la alta opacidad presente en los acuerdos entre el gobierno y los grandes conglomerados, lo cual facilita el mantenimiento del control. Estos acuerdos, además, allanan el camino para préstamos entre conglomerados y flujos de capital discrecionales hacia las élites políticas. En resumen, los conglomerados empresariales complementan la acción gubernamental al establecer redes políticas y comerciales que, aunque varíen de un país a otro, comparten objetivos y *modus operandi* similares (Estrin y Commander, 2022b).

No obstante, es imprescindible reconocer que el modelo de desarrollo adoptado en Asia ha demostrado su eficacia en la medida en que el número de conglomerados empresariales se ha mantenido reducido. Esta circunstancia ha posibilitado que los gobiernos limiten las negociaciones con el sector privado a un grupo selecto de inversionistas, lo que ha contribuido a la estabilidad del sistema económico. Por su parte, los conglomerados empresariales se encuentran estructurados de manera que facilitan el intercambio de recursos entre sus propietarios y directivos. Además, la influencia económica y la capacidad de participación de estos grupos en diversos sectores les permiten dominar los numerosos mercados en los que operan. A modo ilustrativo, en China e India, los ingresos

de las cinco empresas más grandes representan el 11% del PIB, cifra que contrasta con el 3% correspondiente a las cinco principales empresas de EE. UU. Esta concentración de recursos económicos ha sido una constante en el modelo de desarrollo del continente asiático (Economist Intelligence, 2022).

Con base en lo planteado hasta este punto, un argumento central de este ensayo gira en torno a que el modelo de desarrollo económico que permitió el llamado milagro asiático –principalmente basado en un sistema de protección a las grandes corporaciones–, tenderá a ser menos beneficioso para el crecimiento y el desarrollo. Uno de los pilares de esta premisa radica en la observación de que tanto los políticos como los grupos empresariales rara vez muestran interés en fomentar la competencia. Además, es necesario reconocer que, si bien Asia ha experimentado un rápido crecimiento en términos macroeconómicos, la tasa de empleo, especialmente aquella vinculada a la alta productividad, no ha seguido la misma tendencia ascendente. Aunque las grandes corporaciones generan empleos, la mayor parte este aumento se caracteriza por condiciones de precariedad.

La concentración económica mencionada anteriormente facilita la consolidación de los grupos empresariales en el mercado, especialmente mediante el aprovechamiento de sus vínculos con la élite política. Aunque esta práctica pueda parecer característica de los sistemas autocráticos en Asia, también es común en los sistemas democráticos. Un ejemplo destacado en la región es el *chaebol* Samsung, cuya actividad económica contribuye aproximadamente con el 21% del PIB de Corea del Sur. Dada su magnitud, resulta difícil para las empresas más pequeñas competir con este conglomerado no solo debido a su capacidad económica, sino también a sus conexiones con la élite política y sus extensas relaciones de producción con otras empresas (Estrin y Commander, 2022b).

Desde la perspectiva de Miguel Ors Villarejo, la relación especial entre las élites política y empresarial conduce ineludiblemente a la ineficiencia del sistema económico. Para ello, el periodista financiero y director adjunto de *Actualidad Económica* argumenta que los gobiernos asiáticos –y en particular el chino– continúan implementando prácticas que benefician exclusivamente a las empresas públicas y la influencia del Estado en las grandes compañías no deja de incrementarse. Esta tendencia, sin embargo, tiende a distorsionar la asignación de recursos y a ralentizar la innovación y el progreso. En este escenario, es pertinente tener en cuenta las causas del colapso de la Unión Soviética para en las cuales un elemento constante fue la caída estrepitosa de la productividad gracias a las políticas públicas que pusieron en la cima a las empresas estatales. Para el autor en cuestión, los sistemas de planificación central son mucho menos eficientes que los capitalistas debido a que los inversionistas arriesgan su propio dinero, mientras que los burócratas no se preocupan por recuperar la inversión ni por obtener rendimientos (2019).

En el caso particular de China, aunque la nación asiática propició la liberalización económica, en el ámbito político existe aún un marcado control por parte del Estado. De tal manera, los fondos públicos, las inversiones y los contratos son asignados de manera preferencial beneficiando principalmente a empresas estatales o a grupos empresariales que tienen relación estrecha con las élites en el gobierno. Esta forma de protección genera mayor prioridad al servicio de los líderes políticos que a la eficiencia económica. Sin embargo, una menor eficiencia económica, se traduce en una menor productividad, limitando las posibilidades salariales. Como resultado, la eficiencia empresarial queda de lado y los esquemas de mayor productividad quedan en segundo plano en favor de aquellos esquemas que más benefician a las élites políticas (Conerly, 2021).

Sin embargo, la concentración de recursos en un limitado número de empresas es cada vez más difícil en el actual escenario de la globalización. Por un lado, el ambiente de negocios a nivel mundial ha propiciado un incremento sin precedentes en el número de empresarios, por lo que la lista de *billionaires* que elabora Forbes ha registrado aumentos constantemente en los últimos años. En este contexto, el número de propietarios de grupos empresariales emergentes en Asia ha aumentado de manera considerable en los últimos 20 años, pasando de 47 en 2000 a 719 en 2020. En el caso particular de China, el número de multimillonarios registrado por Forbes pasó de cero en 2002 a 42 en 2008. El dato para 2020 mostró que la cifra había subido a 389. Por su parte, la riqueza promedio de cada *billionaire* también creció de \$1,500 a \$2,100 millones de dólares entre 2008 y 2020. En el caso particular de la India, el número de multimillonarios pasó de nueve a 102 entre 2000 y 2020. Por su parte, Corea del Sur también registró un aumento en el número de multimillonarios, pasando de uno en 2000 a veintiocho en 2020 (Estrin y Commander, 2022a).

Durante las dos últimas décadas del siglo XX, China fue la economía más exitosa de la región, manteniendo una tasa de crecimiento anual promedio del PIB del 10%. Junto con ese crecimiento impresionante, surgieron ciertos problemas que pusieron en riesgo la sostenibilidad del modelo de desarrollo económico, tales como la inversión excesiva, la alta dependencia del consumo de productos básicos, los grandes superávits en cuenta corriente, la baja eficiencia de los recursos y la desigualdad de ingresos. En palabras de Wen Jiabao, ex premier chino, el modelo actual se caracteriza por “no tener coordinación, estar desequilibrado, ser ineficiente e insostenible”. Así, la crisis del modelo actual se ha hecho visible desde 2003, cuando Pekín se empezó a esforzar por reequilibrar la economía y mejorar la calidad del crecimiento. Como resultado, el 12° Plan Quinquenal destacó la importancia de transformar el patrón de desarrollo económico (Huang y Wang, 2011).

Ante el nuevo escenario, existe la preocupación de que el modelo de desarrollo asiático ya no sea vigente, por lo que es necesario replantear la naturaleza del modelo de crecimiento que los nuevos tiempos requieren. Quizá la tradición de propiciar

un crecimiento extensivo ya no sea viable y ahora las economías requieran buscar un crecimiento más intensivo basado en la tecnología, el conocimiento y las habilidades como motores de la innovación. Hablando de innovación, la evidencia muestra que los gobiernos y las grandes corporaciones a menudo resultan renuentes al cambio, ya que limitan la libre competencia y la disponibilidad de financiamiento externo. Esto se traduce en una reducción del efecto que Schumpeter denominó “destrucción creativa”, lo cual no sucede en ambientes económicos de libre competencia.

De acuerdo con Schumpeter, el modelo económico nunca es estacionario y siempre está en constante evolución, mediante la incorporación de nuevos mercados y productos. Así, su expresión “destrucción creativa” describe el proceso en el que las nuevas innovaciones reemplazan a las existentes que se vuelven obsoletas con el tiempo, logrando una mayor productividad. Por ejemplo, la introducción del Modelo T de Ford en 1908 generó que los caballos fueran reemplazados como principal medio de transporte. Así, las nuevas tecnologías eliminan o “destruyen” viejas tecnologías gracias al aumento de la productividad y la reducción de distancias y costos. En la actualidad, cada año los nuevos dispositivos móviles reemplazan a los anteriores debido a las nuevas funciones que incorporan. Esta teoría está vinculada estrechamente con el dinamismo económico, el cual es posible siempre que haya margen para la innovación (Adler, 2019).

En cuanto a la globalización, bien vale la pena mencionar algunas características de este fenómeno. La primera tiene que ver con el alto nivel de interconexión en áreas como comercio, migración, finanzas, información, educación, e integración, entre otras. Esta interconexión genera dependencia, por lo que la economía mundial se vuelve más vulnerable ante las crisis ya que un problema en alguna parte del mundo ocasiona un efecto de sinestesia global que afecta a todos los rincones del planeta. Una segunda característica tiene que ver con los beneficios generados por la globalización y particularmente por el comercio mundial ya que, aunque es concebido como beneficioso, la realidad es que los limitados términos de intercambio de algunas economías ocasionan que los beneficios sean desiguales. A pesar de la disparidad generada, es innegable que el comercio ha brindado un acceso sin precedentes a bienes y servicios para los hogares en economías de ingresos bajos y medianos. De tal manera, la dependencia generada por la globalización ha hecho posible que los riesgos de reacciones adversas se intensifiquen (Bárcena *et al.*, 2018).

La creciente interconexión y consiguiente interdependencia generadas por la globalización hacen que sea cada vez más difícil distinguir las políticas internas de las de alcance global. Un ejemplo claro de esto es la lucha contra el narcotráfico o el terrorismo, ya que, al tratarse de delitos de naturaleza transnacional, no existe una frontera clara que delimite sus alcances territoriales. Por otro lado, la ausencia de regulación ambiental y de mecanismos de protección laboral en ciertos países conlleva un aumento en los riesgos

asociados al cambio climático, la incertidumbre sobre el futuro del empleo y las limitaciones en las políticas sociales, cuyos impactos rebasan las fronteras nacionales de los países en los que se originan. Posiblemente, una consecuencia directa de la globalización ha sido el fomento de la cooperación internacional para el desarrollo, la cual se ha visto obligada a adaptarse a los nuevos contextos para hacer frente de manera efectiva a los principales desafíos globales.

Respecto a la cooperación internacional, Prudencio Mochi y Cristina Girardo plantean interrogantes sobre su efectividad al señalar que los actores donantes de ayuda han construido una noción de desarrollo que no considera las necesidades locales y regionales, sino que se basa en modelos exitosos de otras partes del mundo, lo que, incluso, ha contribuido a ampliar la brecha entre los estratos socioeconómicos, ocasionando daños al medio ambiente. Ante este panorama, los autores sugieren la necesidad de redefinir el concepto de desarrollo y adaptarlo a cada contexto específico, teniendo en cuenta sus particularidades y las diversas dimensiones que caracterizan a las sociedades. Esta reflexión resulta pertinente porque la noción de desarrollo está estrechamente vinculada con la mejora de las condiciones de vida de la población, lo cual implica tener en consideración aspectos adicionales al económico (2018).

En el contexto de la actual globalización, resulta útil mencionar que el uso de preferencias y subsidios en entornos empresariales protegidos ocasiona una disminución de la competitividad en entornos empresariales protegidos al obstaculizar el aumento de la productividad y restringir la generación de empleos de alta calidad. En este sentido, las plataformas de redes sociales se han convertido en un canal para la difusión de prácticas corruptas que antes eran difíciles de detectar debido al control estatal sobre los medios de comunicación. Como resultado, la interacción simbiótica entre la esfera política y empresarial obstaculiza la mejora de las instituciones y promueve una serie de conductas corruptas que, con el creciente acceso a la información proporcionado por las redes sociales, son expuestas de manera más frecuente. En el caso específico de China, el presidente Xi Jinping ha señalado en múltiples ocasiones que el surgimiento no solo de nuevos medios de comunicación, sino principalmente de una nueva clase empresarial emergente, representa una potencial amenaza para la estabilidad política del régimen (Wakabayashi *et al.*, 2022).

En un artículo publicado por *Financial Times*, Tom Hancock cuestiona por qué el gobierno chino limita las capacidades de los inversionistas y la clase empresarial al grado de hacerlos sentir como ciudadanos de segunda clase. En su argumento, el analista económico plantea que, desde la llegada de Xi Jinping a la presidencia de China, la clase empresarial ha popularizado la expresión *guo jin min tui*, que significa “el estado avanza mientras el sector privado retrocede”. De tal suerte, muchos empresarios creen que décadas de reforma económica se han estancado, y en algunos casos se han revertido (2019).

Como ejemplo de la política descrita en el párrafo anterior, el sector privado cada vez se enfrenta a mayores problemas en el proceso de obtener préstamos bancarios. De hecho, las empresas estatales obtuvieron el 36% de los préstamos bancarios en 2010, y la cifra aumentó hasta 83% seis años después. Esta tendencia ha ocasionado el desplazamiento de la inversión privada. Por si fuera poco, la guerra comercial que EE. UU. enfrenta con China ha agravado los problemas de los empresarios asiáticos debido a que las empresas privadas representan el 90 por ciento de las exportaciones. Lamentablemente para tal sector, la decisión de Washington de imponer aranceles a las exportaciones de la economía asiática ha desconcertado a los mercados emergentes de China, lo cual se ha traducido en complicaciones del sector privado para obtener ganancias (Hancock, 2019).

Por consiguiente, el modelo de desarrollo que ha sustentado el notable crecimiento de Asia parece estar llegando a un punto en el que resulta imperativo revisar su vigencia, dado que la globalización ha alterado las condiciones sobre las cuales se fundamentaba ese esquema. Esta evaluación es crucial para determinar si el modelo de desarrollo asiático está dejando de ser un impulsor para convertirse en un posible obstáculo para el crecimiento y el desarrollo del continente. No obstante, es importante reconocer que mientras persistan los beneficios mutuos entre las élites política y empresarial, es poco probable que el modelo desaparezca. Sin embargo, un cambio en el paradigma del modelo económico promete favorecer a otros actores de la economía, especialmente a las empresas de menor envergadura que no pueden competir libremente con los grandes conglomerados empresariales, así como a los trabajadores cuyas condiciones laborales a menudo caen en la precariedad.

No obstante, según el planteamiento de Angus Maddison (2005), resulta complicado adoptar una posición pesimista respecto a las perspectivas futuras de economías que han exhibido tal dinamismo en décadas recientes, y donde la inversión extranjera y el comercio internacional han desempeñado un papel significativo en la mejora de la eficiencia en la asignación de recursos. De tal suerte, las economías asiáticas tienen la oportunidad de aprovechar los avances tecnológicos de otras naciones desarrolladas y fortalecer su capital humano y físico, además de mantener la apertura de sus economías al comercio internacional y desarrollar instituciones que fomenten la competitividad y la estabilidad política. No obstante, como señaló Bill Conerly, es probable que a medida que la curva de crecimiento se acerque a la de los países desarrollados, su tasa de crecimiento experimente una desaceleración (2021).

Ante este nuevo escenario, corresponde al Estado desarrollar y aplicar políticas que fomenten la competencia empresarial, desalentando las antiguas prácticas de protección hacia los grandes conglomerados. Alterar este equilibrio implica limitar los privilegios y promover la transformación de los grandes grupos empresariales que históricamente se

han beneficiado de las políticas gubernamentales. Asimismo, la adaptación del modelo económico implica reducir la discrecionalidad de los políticos para aprovechar sus conexiones empresariales, aunque esta tarea resulte desafiante. De igual forma, las condiciones impuestas por la globalización demandan una mayor transparencia y rendición de cuentas, dado que el acceso a la información se ha vuelto cada vez más asequible gracias al poder de las redes sociales y los nuevos medios digitales. Este cambio, claramente de naturaleza política, debe incluir, además de una mayor transparencia, sanciones más rigurosas contra las prácticas corruptas, en respuesta a las demandas de una sociedad civil cada vez más informada y participativa.

Con base en lo visto hasta ahora, es posible afirmar que el modelo económico de Asia requiere una revisión exhaustiva para determinar su vigencia en el contexto actual de la globalización económica, caracterizada *inter alia* por el surgimiento de empresas emergentes, mayor acceso a la información y una sociedad que demanda cada vez más transparencia y rendición de cuentas por parte del gobierno. Así, el crecimiento económico de Asia no está garantizado ya que el Estado debe replantear su funcionamiento para atender la relación especial entre las élites políticas y empresariales. Así, las históricas cifras de crecimiento de dos dígitos registradas por varias economías de Asia fueron posible gracias a un modelo que privilegió una relación especial entre gobierno y grupos empresariales. Sin embargo, todo parece indicar que ese modelo ya no resulta vigente y que necesita ser replanteado para garantizar un futuro económico prometedor.

A pesar de las afirmaciones de académicos y políticos sobre el siglo XXI como la era de Asia, la realidad es que la región enfrenta varios desafíos que deben superarse para cumplir con esa visión. En particular, es crucial que el Estado reduzca la influencia de las conexiones entre las élites políticas y empresariales. De lo contrario, muchas economías asiáticas podrían no estar suficientemente preparadas para capitalizar su potencial en las próximas décadas. Mantener el modelo de desarrollo asiático que fue clave en el milagro asiático conllevará costos significativos, tanto en términos políticos como económicos. Por lo tanto, las élites políticas enfrentan el reto de replantear dicho modelo de desarrollo para recuperar los altos niveles de crecimiento experimentados a finales del siglo XX.

Para mejorar la productividad y promover la innovación en las economías asiáticas, es imperativo limitar el dominio económico de las grandes corporaciones y establecer políticas que fomenten una mayor competitividad, respaldando a los nuevos inversores emergentes. Este cambio implica la implementación de medidas destinadas a transformar los conglomerados empresariales en entidades más transparentes y eficientemente administradas, al tiempo que se reducen significativamente los vínculos entre la esfera política y empresarial. No obstante, la realidad indica que es difícil que tanto gobierno como empresariado renuncien a estos beneficios mutuos.

La reconfiguración del modelo económico asiático requiere la implementación de políticas específicas destinadas a acelerar la transformación de los grandes conglomerados empresariales y limitar sus beneficios otorgados por las élites políticas. Esta transformación no solo afectaría la forma en que se gestionan estas corporaciones, sino que también tendría repercusiones en las estructuras de propiedad piramidales y en la amplitud de sus inversiones. Además, estas políticas deberían incluir medidas explícitas para limitar la discrecionalidad y los incentivos de los políticos para aprovechar sus conexiones en beneficio personal o familiar, lo que resultaría en un aumento de la competitividad.

Asimismo, la búsqueda de una reducción de los privilegios de los grandes conglomerados también debe contemplar una reforma fiscal que incluya un aumento de impuestos sobre los ingresos generados por actividades no laborales, como los rendimientos de inversiones de capital y las herencias, así como cualquier otra forma de ingresos que las élites empresariales reciban de manera desproporcionada. Otro aspecto crucial para tener en cuenta en la reconfiguración del modelo económico asiático es el fortalecimiento del sector financiero, el cual debe ser sólido y bien desarrollado para poder sustentar el crecimiento económico.

A medida que las economías se vuelven más sofisticadas, la asignación eficiente de recursos se vuelve cada vez más importante. Por tal razón, el sector financiero se presenta como intermediario entre ahorradores e inversores y desempeña un papel fundamental en este sentido. Las instituciones financieras, por tal razón, deben estar bien capitalizadas y administradas para propiciar la eficiencia mediante medidas adecuadas de supervisión. Al mismo tiempo, la innovación financiera continua debe ser un elemento *sine qua non* para promover la competencia entre los diversos actores económicos (Kato, 2004).

Surge la incertidumbre sobre si los gobiernos asiáticos están dispuestos a reformar el modelo que les ha permitido alcanzar niveles de crecimiento sin precedentes. No obstante, la región ha demostrado ser resistente ante las adversidades. Por ejemplo, la pronta recuperación del Este de Asia tras la crisis financiera de 1997-1998 ha llevado a varios analistas a plantear la viabilidad de lo que han denominado un nuevo milagro asiático. Por consiguiente, incluso si la región opta por no llevar a cabo reformas, hay muchas razones para que el crecimiento en la región se mantenga sólido en los años venideros. Como respaldo a este argumento, es pertinente mencionar aspectos positivos de la economía regional, como la creciente integración en la economía global, el aumento del comercio intrarregional, un incremento en la inversión extranjera directa y el consiguiente aumento de la productividad, así como una tendencia hacia la innovación (Kato, 2004).

A pesar de la capacidad de resiliencia de las economías asiáticas, existe un amplio consenso en la necesidad de fortalecer el marco institucional que haga factible *inter alia* una mayor libertad, no solo de los empresarios, sino de la población en general. Por

mencionar un caso, las empresas chinas de Internet están cada vez más limitadas por Pekín y el contenido es supervisado y censurado cuando es necesario. En cuanto a los magnates multimillonarios, incluido Jack Ma, el fundador de Alibaba, han tenido que callar para no desatar la ira de Xi Jinping por criticar al gobierno. Así, existe en China una tendencia tanto en las empresas privadas como en las públicas de adherirse a las políticas del partido, ante la amenaza de convertirse en enemigos del sistema.

Conclusiones

A pesar del histórico crecimiento registrado durante el milagro económico asiático, las estadísticas actuales muestran una desaceleración generalizada de su economía. Aunque esta desaceleración podría ser solamente algo temporal en la ineludible trayectoria ascendente de la economía asiática, ya ha llamado la atención de diversos analistas que, atentos a todos los síntomas, buscan identificar si el modelo de desarrollo asiáticos resulta caduco y necesita renovarse en el escenario actual de la economía globalizada.

El modelo adoptado por Asia, que ha sido fundamental en su impresionante crecimiento, implica una relación simbiótica entre políticos y empresarios, en la que ambas partes se benefician mutuamente. Aunque los políticos y sus partidos ocupan la cúspide de la pirámide debido a su poder, su desempeño depende en gran medida de los grupos empresariales, quienes respaldan las iniciativas públicas que requieren inversión privada y, por ende, generan oportunidades laborales. Por otro lado, los grupos empresariales buscan el respaldo de los políticos para protegerse de la competencia y obtener préstamos con tasas de interés reducidas, subsidios y contratos del sector público.

De tal forma, uno de los elementos clave para el éxito del milagro asiático fue la relación especial entre políticos y empresarios. Sin embargo, en el contexto actual, el nexo simbiótico político-empresarial inhibe la mejora de las instituciones y propicia una serie de prácticas de corrupción que, con el mayor acceso a la información facilitada por las redes sociales, son expuestas de manera más constante. Para el caso particular de China, el presidente Xi Jinping ha expresado en diversas ocasiones que el surgimiento, no solo de nuevos medios de comunicación, sino principalmente de una nueva clase empresarial emergente, representa una amenaza potencial para la estabilidad política del régimen.

Con base en lo planteado por el texto, es posible afirmar que el modelo económico de Asia requiere una revisión exhaustiva para determinar su vigencia en el contexto actual de la globalización económica, caracterizada *inter alia* por el surgimiento de empresas emergentes, mayor acceso a la información y una sociedad que demanda cada vez más transparencia y rendición de cuentas. Así, el crecimiento económico de Asia no está garantizado ya que el Estado debe replantear su funcionamiento para atender la relación especial entre las élites políticas y empresariales.

Ante el inexorable auge de la globalización, es comprensible la necesidad de revisar y, de ser necesario, ajustar el modelo de desarrollo en Asia a las realidades actuales. No obstante, no está claro si los gobiernos asiáticos están dispuestos a reformar el modelo que les permitió alcanzar notables niveles de crecimiento durante la segunda mitad del siglo XX. Aunque esta estrategia proteccionista ha impulsado el crecimiento, también ha generado ineficiencias y distorsiones en el mercado, restringiendo la competencia y la innovación. Las grandes corporaciones, al disfrutar de privilegios y acceso preferencial a recursos, han desalentado la entrada de nuevas empresas y han limitado la vitalidad del sector privado.

Además, la fuerte intervención estatal en el rumbo de la economía, aunque efectiva en su momento, podría ahora causar rigidez institucional y dificultar la adaptación a los cambios dinámicos del entorno global. La excesiva burocracia y la falta de flexibilidad en las regulaciones pueden obstaculizar la innovación y la respuesta ágil a las nuevas tendencias del mercado. Tal como lo planteó el texto, el modelo tradicional ha beneficiado principalmente a las grandes corporaciones y sectores privilegiados, mientras que los sectores más desfavorecidos de la población han experimentado un rezago en cuanto al acceso a oportunidades y a la distribución equitativa de la riqueza. Esta creciente brecha social genera inestabilidad y limita el potencial de desarrollo a largo plazo. ❀

Bibliografía

- Adler, D. (2019). Schumpeter's Theory of Creative Destruction. Carnegie Mellon University. En línea en <https://www.cmu.edu/epp/irle/irle-blog-pages/schumpeters-theory-of-creative-destruction.html>
- Albuquerque Llorens, F. (2020). Desarrollo y cambio estructural en tiempos de globalización y cambio climático. En A. Vázquez Barquero y J. C. Rodríguez Cohard (Eds.), *Globalización y desarrollo de los territorios* (pp. 33–74). Pirámide
- Anderson, C., y Garmise, S. (2007). *Economic Development Reference Guide*. International Economic Development Council. En línea en <https://edpbestpractices.com/wp-content/uploads/GL-Uploads/General-ED-Resources/IEDC-ED-Reference-Guide.pdf>
- Bárcena, A., Pezzini, M., y Manservisi, S. (2018). *Emerging challenges and shifting paradigms: new perspectives on international cooperation for development*. Santiago. CEPAL y OCDE. En línea en https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44002/1/S1800619_en.pdf
- Bello, W. (1998). *The End of the Asian Miracle*. New York University. En línea en <https://people.stern.nyu.edu/nroubini/papers/miracle.pdf>
- Conerly, B. (2021). *China's Economic Miracle Is Ending*. Forbes. En línea en <https://www.forbes.com/sites/billconerly/2021/05/04/chinas-economic-miracle-is-ending/>

- Dolan, K. A., y Peterson-Withorn, C. (2022). *Billionaires: The Richest People in the World*. Forbes. En línea en <https://www.forbes.com/billionaires/>
- Economist Intelligence. (2022). *Asia outlook 2023. Mixed prospects for regional heavyweights*. Londres. The Economist Intelligence Unit Limited. En línea en <https://www.eiu.com/n/wp-content/uploads/2022/12/Asia-in-2023-Final.pdf>
- Estrin, S., y Commander, S. (2022a). *Asia's Development Model Is Now Jeopardizing Its Future Economic Growth*. Pacific Money. En línea en <https://thediplomat.com/2022/11/asias-development-model-is-now-jeopardizing-its-future-economic-growth/>
- Estrin, S., y Commander, S. (2022b). *The Connections World. The Future of Asian Capitalism*. Cambridge. Cambridge University Press. 360 pp.
- Feldman, M., Hadjimichael, T., Kemeny, T., y Lanahan, L. (2014). *Economic Development: A Definition and Model for Investment*. University of North Carolina. En línea en <https://www.eda.gov/archives/2021/files/tools/research-reports/investment-definition-model.pdf>
- Haass, R. N. (2017). *¿El fin del milagro estratégico de Asia?* La Vanguardia. En línea en <https://www.lavanguardia.com/opinion/20170918/431379329992/el-fin-del-milagro-estrategico-de-asia.html>
- Hancock, T. (2019). *Xi Jinping's China: why entrepreneurs feel like second-class citizens*. Financial Times. En línea en <https://www.ft.com/content/fcb06530-680a-11e9-9adc-98bf1d35a056>
- Huang, Y., y Wang, B. (2011). *From the Asian Miracle to an Asian Century? Economic Transformation in the 2000s and Prospects for the 2010s*. Reserve Bank of Australia. En línea en <https://www.rba.gov.au/publications/confs/2011/huang-wang.html>
- Kato, T. (2004). *Can the East Asian Miracle Persist?* International Monetary Fund. En línea en <https://www.imf.org/en/News/Articles/2015/09/28/04/53/sp120204>
- Krugman, P. (1994). The Myth of Asia's Miracle. *Foreign Affairs*(Noviembre/Diciembre).
- Maddison, A. (2005). *Asia in the World Economy 1500–2030 AD*. Wiley Online Library. En línea en <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/epdf/10.1111/j.1467-8411.2005.00164.x#>
- Mochi, P., y Girardo, C. (2018). Desarrollo y cooperación: ¿cuál cooperación para qué desarrollo? En E. Ponce Adame, S. Lucatello, L. A. Huacuja Acevedo, y R. Velázquez Flores (Eds.), *Teoría y práctica de la cooperación internacional para el desarrollo: una perspectiva desde México* (pp. 69–86). Cámara de Diputados, Centro de Gestión y Cooperación Internacional para el Desarrollo y Red Mexicana en Cooperación Internacional y Desarrollo.
- Nelson, R. R., y Pack, H. (1999). The Asian Miracle and Modern Growth Theory. *The Economic Journal*, 109(457), 416–436.
- Ors Villarejo, M. (2019). *El mito del milagro asiático, revisitado*. Análisis y noticias de Asia.

En línea en <https://4asia.es/2019/01/09/el-mito-del-milagro-asiatico-revisitado-miguel-ors-villarejo/>

- Park, D., y Shin, K. (2009). Can Trade with the People's Republic of China be an Engine of Growth for Developing Asia? ADB Economics Working Paper Series No. 172. Asian Development Bank. En línea en <https://www.adb.org/sites/default/files/publication/28256/economics-wp172.pdf>
- Posada P., C. E., y Rubiano M., E. C. (2007). El crecimiento económico internacional en la segunda mitad del siglo XX: ¿qué factores lo determinaron? *Borradores de Economía*(445), 2-34.
- Ray, D. (1998). Economic Development: Overview. En D. Ray (Ed.), *Development economics* (pp. 17-59). Princeton University Press.
- Sepúlveda Muñoz, I. (2010). Eastphalia: Asia en la geopolítica global. Desplazamiento de los centros de poder hacia la región. En I. Sepúlveda Muñoz y M. Á. Ballesteros Martín (Eds.), *El auge de Asia: Implicaciones estratégicas* (pp. 22–50). Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- Soubbotina, T. P. (2004). *Beyond Economic Growth: An Introduction to Sustainable Development*. Washington, D.C. The International Bank for Reconstruction and Development. 205 pp.
- Srinivasan, K. (2022). *Asia's Economies Face Weakening Growth, Rising Inflation Pressures*. Fondo Monetario Internacional. En línea en <https://www.imf.org/en/Blogs/Articles/2022/07/28/blog-07282022-apd-asias-economies-face-weakening-growth-rising-inflation-pressures>
- Subramanian, A. (2008). *India's Turn: Understanding the Economic Transformation*. Oxford University Press. 237 p.
- Van den Berg, H. (2016). *Economic growth and development*. Danver, MA: World Scientific Publishing Company. 908 p.
- Wakabayashi, D., Che, C., y Fu, C. (2022). *In Xi's China, the Business of Business Is State-Controlled*. The New York Times. En línea en <https://www.nytimes.com/2022/10/17/business/china-xi-jinping-business-economy.html>
- Weisbrot, M. y Ray, R. (2011). *El marcador del desarrollo, 1960-2010: ¿Cerrando la brecha?* Center for Economic and Policy Research. En línea en <https://www.cepr.net/documents/publications/scorecard-spanish-2011-05.pdf>